

gresos del humano linaje. Pocos hombres han ejercido el poder moral que Juan Knox. A él pertenece verdaderamente la gloria de haber fundado el protestantismo democrático en Escocia. La reacción de María Tudor, le arrojó como á un náufrago sobre el continente europeo, y la superioridad de Calvino le llevó al seno de Ginebra. Dos años vivió en compañía del gran Reformador, los dos años posteriores al suplicio de Servet. Y aunque había llegado ya por aquel tiempo á tener casi medio siglo, no puede dudarse del influjo que alcanzó el reformador ginebrino en el alma del reformador escocés. Knox sobrepujaba seguramente á su maestro y amigo, en sus inclinaciones por la democracia y en su decisión por una República cristiana. Así es que frente á frente de la Iglesia episcopal y monárquica de Inglaterra, organizó Knox la Iglesia democrática y presbiteriana de Escocia. En vano quisieron halagarle unos y perseguirle otros entre los enemigos de la nueva idea; Knox se mantuvo fiel á su doctrina y organizó aquellas grandes fuerzas democráticas y cristianas que tan poderoso influjo ejercieron un día sobre la revolución republicana de Inglaterra.

Y dicho esto, ¿hay necesidad alguna de decir cómo el puritanismo de Inglaterra influyó en el puritanismo de América? Cuantos aman la libertad en el mundo han seguido en la Historia con los ojos del alma la estela centelleante dejada por la nave *Flor de Mayo* sobre las ondas del Océano, en aquella peregrinación comparable solamente á la peregrinación de los israelitas por el desierto, arrancando á la tiranía faraónica su Dios, su libertad y su patria. Aquel primer domingo de Enero, en que los puritanos leían la Biblia sobre la playa de la nueva *Plymouth*; aquel arribo del que dió su nombre á Pensilvania y puso las primeras piedras de Filadelfia; todas aquellas magníficas incidencias del gran poema republicano, muestran cómo Ginebra, por haber concentrado una idea con fuerza, por haberla sostenido con tenacidad, por haberla propagado con verdadera constancia, llegó hasta elevarse á sol del espíritu moderno, en cuyos rayos se han iluminado muchas conciencias, de cuyo calor han vivido muchas generaciones, y en torno del cual han gravitado innnumerables pueblos. Así, la gloria de Calvino se liga ciertamente más que á su persona y á su ingenio, á su idea y á su sistema. Nada en él de aquellas inspiraciones del monje Savonarola ni de aquellos combates del monje Martín Lutero. Naturaleza fría, sin grandes pasiones del corazón, servido por una inteligencia superior y clarísima, no lleva el cilicio de los grandes artistas, ni sufre los torcederos de los verdaderos mártires del pensamiento y de la idea. Hijo de una familia bien acomodada, no mendigará, como el gran reformador, hijo de una familia de jornaleros. Su corazón de joven, á la edad en que estalla el sentimiento no pasará por las angustias y por los desengaños que pasó en Ferrara el inspirado poeta de Florencia. De la carrera eclesiástica salta fácilmente á la carrera jurídica, y de la Iglesia tradicional á la Iglesia revolucionaria, sin sacudimientos ni combates. Cuando tiene una persecución en París, halla seguro asilo en Angulema; y cuando tome una persecución en Angulema, huye con facilidad á una corte de Italia, protegido por Margarita de Navarra.

El mayor peligro de su vida resulta la fuga de Ferrara, y el mayor contratiempo la expulsión de Ginebra. Pero, ni en una ni en otra de las dos adversidades, recoge las espinas que coronaron las sienas de otros grandes hombres, más redentores por el dolor que este hombre extraordinario. Su talento principal es el talento de organizador. Así, puede asegurarse que á nombre de la religión, legisla, cual pudiera legislar un antiguo profeta. Para corregir las costumbres organizó el Consistorio, una especie de Inquisición protestante; para regular las ideas, el colegio de los pastores, una especie de permanente concilio. La reglamentación tenía en su doctrina y en su política mucho de las organizaciones militares. Así, regulaba desde las ceremonias del culto hasta los platos de la mesa. En sus declaraciones teológicas daba el patrón á que habían de amoldarse las conciencias; y en sus leyes políticas daba el patrón por que habían de coserse los vestidos. La infracción al menor de sus mandatos constituía un delito tan grande, que se pagaba muchas veces con la pena de muerte. Ya sabemos cuán cruel fué para Servet. Pues castigó al gran poeta Bonnavar porque jugara en compañía del poeta Marot á los dados, y desterró al teólogo Volssec porque contradijera la predestinación. A un noble, por haber hablado contra él, pasólo en camisa por las calles con un cirio á las manos. Nadie abusó tanto de la excomunión. Cierta día, como varios ciudadanos, á quienes había prohibido la Santa cena, se acercaron al pie del altar, Calvino tendió hacia ellos y sobre ellos los brazos, diciéndoles. «Antes los cercenaréis derramando toda mi sangre, que profanar la santa comunión cristiana.» Los amigos de mayores expensas, los partidarios de un gobierno más laico, porque deseaban mayor libertad y menos teocracia, pasaron bajo sus anatemas á la Historia, no con el nombre de liberales, con el nombre de libertinos. Ginebra, bajo aquella dictadura espiritual, parecía un triste monasterio. Nada de fiestas, nada de espectáculos. Tabernas y lupanares en lo profundo de las tinieblas como asientos del crimen; la sobriedad en toda mesa, la modestia en los vestidos, la humildad en el lenguaje de aquellos lacedemonios cristianos. Ya se hubiera guardado la más alta señora de ponerse un brazalete ó de colgarse una cadena de oro. Aquel terciopelo y aquel tisú, que resplandecían en las repúblicas italianas, prohibidos estaban en la ciudad de Calvino. Hasta en el peinado entraba su prurito de reglamentación. Nada de bucles, nada de aceites, ni perfumes. Las bodas de mayor cuantía congregaban diez convidados y no más. El artesano que diera un banquete, no debía comer en él ni pavo, ni perdiz, ni caza de ningún género, ni dulces ni pasteles. Aquella ciudad se convirtió en una especie de vasta colmena, donde sólo se producía y elaboraba la miel de las ideas.

Ninguno entre los reformadores espiritualistas en sus creencias; ninguno tan severo en sus costumbres. A lo que creía su deber, sacrificábalo todo con abnegación de sí tan implacable como la crueldad con los otros. La mancha indeleble de su vida, la sombra espesísima que obscurece su historia, es el suplicio infame de Servet, en que arrancándole á éste

su vida de un día, se arrancó á sí mismo su vida de todos los tiempos. Lo que más nos indigna hoy, es verlo sin remordimientos, sin dolor, sin escrúpulo siquiera, presentando aquel crimen horrible como una obra sublime. Y sin embargo, desde aquella hora su salud se quebrantó y los males caen sobre su vida en tropel. Bajo de estatura, pálido de color, elevado de frente, profundo de mirada, sus nervios parecían de acero. Una voluntad inquebrantable se mezclaba en él á una inteligencia serena. Su actividad no le consentía ningún descanso, como la luz igual de sus ideas no consentía tampoco á su inteligencia ningún eclipse. Cuéntase que un día, predicando, le vino una copiosa hemorragia por las narices; y no interrumpió la predicación. Nada en él de atractivo porque le faltaba la divina virtud que gana los corazones y los sojuzga; le faltaba la virtud de Cristo, la virtud de San Juan, la virtud de Rafael de Urbino, la ternura. Sencillo en su vida, puro en sus costumbres, cumplidor del deber, por lo brusco de su temperamento, por lo inflexible de su voluntad, por lo acre de su palabra, por lo duro de su carácter, resulta muchas veces, cual ahora decimos, antepático, y alguna vez odioso. Once años vivió después de muerto Servet, y en estos once años apenas probó bocado. Su estómago devolvía todos los alimentos, pero su voluntad y su inteligencia manteníanle firme y enhiesto entre la rudeza del trabajo y la crueldad del combate. Sus propios amigos tenían tal idea de su aspereza que la llamaban por mote *acusativo*. Al saber su muerte, exclamó Pio IV. «No teníamos dinero con qué comprarlo.» Murió en el mes de Mayo, á la hora de acabarse el día, mirando con sus ojos de carne, los últimos arreboles del ocaso en la tierra y con sus ojos espirituales las primeras alboradas de la eternidad en el cielo. Como solamente recibió algunos escudos miserables para su manutención y sustento en vida, solamente recibió una cruz de palo para su sepultura en muerte. Todo cuanto se halla de su entierro en los anales de aquella ciudad, que hizo á su imagen y semejanza, es la sencilla cosa siguiente (puesta en los registros del Consistorio): «Calvino ha volado á Dios en este día, 27 de Mayo de 1564.» Nadie lo creería, pero la incuria de los siglos pasados fué tan grande que ¡oh! en aquella tierra modelada por su entendimiento y por su voluntad, no se sabe dónde reposan sus huesos. Y aquel animoso y luminoso espíritu era el primer término en la serie de ideas traída por la Reforma y la primera consecuencia derivada de la premisa de sus principios.

Nos hemos detenido ante la figura de Calvino y ante la obra calvinista, porque, sin ella, sin su conocimiento é inteligencia, no puede alcanzarse, no se alcanzará bien, la revolución y sus consecuencias nunca jamás. No se hubiera el suelo removido, si antes el espíritu á su vez no se remueve también; y el espíritu quedará en ataxia sobre sus creencias atávicas, si en él no llega por su parte á clamar la libre conciencia. Tres siglos bien poco importan para un trabajo así, al recordar cuánto mayor tiempo han pedido y necesitado históricas obras, no de tanta importancia intrínseca en sí mismas, ni de transcendencia tan

grande para todos los tiempos y todas las generaciones. Tres actores de primer orden dentro de Ginebra, luego han sido tres actores de primer orden á su vez en el trágico drama de las revoluciones religiosas y políticas que han trastornado á Francia, moviéndola por las vías del progreso hasta los completos apuntamientos de su democracia, de su libertad, de su República. Y estos tres personajes no parecen individuos que han vivido separados en el tiempo y en el espacio; parecen más bien fases de un solo espíritu. Calvino es la revolución religiosa; Rosseau es la revolución filosófica; Necker es la revolución económica, y están colocados en el tiempo y surgidos con tal oportunidad en el espacio, como si les colocara el sistema preconcebido por un filósofo de antemano, y á este filósofo le obedeciera el mundo con ciega obediencia. Así como las letras empiezan por la poesía siempre, las ideas progresivas que han de revestir un carácter social y han de tener inmanente influencia en la vida, empiezan por la religión, pasan por la filosofía y descienden luego al bajo fondo económico y político. Si no hubiera Calvino fundado aquella sociedad evangélica tan adicta, ¿cuándo hubieran surgido el hugonote de Francia, el puritano de Inglaterra ó Escocia, el kuáker de América? Y si el hugonote y el puritano y el kuáker no hubieran existido, ¿Cuándo Pascal y Descartes sondean el espíritu, y cuándo revelan Galileo y Newton los secretos del espacio? Y sin la existencia del dogma calvinista nuevo, y sin la existencia del nuevo dogma científico, ¿cuándo Rousseau escribe sus obras sociológicas y lleva el sentimiento revolucionario al corazón de las mujeres y de los niños? Pues al sentimiento religioso de Calvino, al sentimiento filosófico de Rousseau, corresponde la política de Necker. Con toda su prosopopeya, con toda su fantasmagoría, con sus artes de cubiletero, con su habilidad en echar promesas á los ojos para deslumbrarlos, representó Necker el último lazo posible de anexión entre los poderes históricos y la revolución francesa. Parecía imposible cómo una voluntad y una inteligencia misteriosa se habían empeñado en salvar los Reyes, y cómo los Reyes se habían empeñado en perderse á sí mismos.

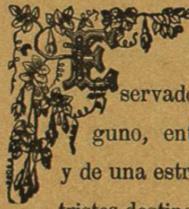
¡Cuánto hizo contra su propia voluntad, mal de su grado, Necker por la revolución durante todo este primer período de su combatido ministerio! En primer lugar, así como Knox aportó mucho de Ginebra en su verbo á la corte ligera de la ligerísima y vana María Estuardo; Necker llevó algo de Ginebra también á la corte ligera de la ligerísima y vana María Antonieta. Ya sabemos que un hombre de negocios, banquero muy mundano, intrigante muy pérfido; con las aficiones menos propias para despertar el ideal y los efectos por el ideal, su cálculo y su logrería, no estaba en el caso de aparecer como un apóstol consagrado á grandes enseñanzas, ni políticas ni morales. Pero así como Rousseau, no teniendo nada de austero despertó austeridades múltiples en el corazón de las madres conmovidas con la elocuencia de su estilo; Necker, no teniendo nada de republicano llevó el soplo de la República con su conversación únicamente á los salones. Pero no está, no, en esta particularidad personal de su influencia lo eficaz y lo meritorio; está en otras dos circunstan-

cias. No se puede apreciar hoy en el camino andado por la tolerancia, lo que significaba entonces, cuando aún ardía la Inquisición en el mundo, la presencia de un calvinista en los Consejos del Rey Cristianísimo. Verdad que, por calvinista, lo arrojaron del Gobierno, pidiéndole, para continuar en los Consejos de la Corona, una terrible abjuración de sus creencias íntimas y de su apellido religioso. Pero este mismo acto prueba la transcendental importancia de su presencia en el gobierno. Era una revolución religiosa. Y era una revolución política su convocatoria de los estados provinciales que trajeran el Estado general francés, las Asambleas Constituyentes. Y era una revolución social haber destruído por el pie cien abusos cortesanos y publicado las cuentas de gastos é ingresos, que hasta entonces permanecían en lo más secreto del gobierno rodeados por un impenetrable misterio. La Providencia estaba por la revolución.



CAPÍTULO DÉCIMO-TERCERO

La corte y los cortesanos.

 N esta gran epopeya de la revolución todos los personajes tienen un trágico aspecto, porque todos tienen un fin desastrosísimo como el reservado en las tragedias clásicas á sus héroes y á sus protagonistas. Pero ninguno, entre tanto personaje histórico, ninguno de una desdicha tan grande y de una estrella tan infausta como la pobre Reina. Ella sí que fué la Reina de los tristes destinos. Y esta horrible desgracia produjéronla en parte su temperamento y su educación, de una ligereza fácilmente trocable por maldad y perversión, en parte un hado que nunca se cansó de perseguirla con furor hasta rematarla con crueldad. Emociones cambiantes, confianzas ciegas, amistades peligrosas, fiestas orgiásticas, orgullo rayano en soberbia con los enemigos y familiaridad rayana en bajeza con los amigos, favoritos y favoritas conjurados para perderla, convicción de que á los reyes de permitirseles todo sin pedirle cuenta de nada, confianza tristísima en que podía la persona de un Rey descender á los estercoleros y á los fangares como descende un rayo de sol sin macularse jamás, subrogación de los intereses públicos á las pasiones personales, cambio de sistemas capitalísimos á impulsos de caprichos continuados; todo esto y mucho más debe cargarse á la pobre Antonieta en su cuenta; pero no la casualidad tristísima de que concluyeran en su tiempo las perdurables rivalidades entre Francia y Austria, tocándole por un decreto del hado aparecer como una prenda de unión entre dos potencias, cuyos Monarcas se reconciliaban á impulsos del interés y de la razón de Estado, pero cuyos pueblos permanecían en una discordia que le arrancó sus bienes y su vida. No basta la hermosura más perfecta, la gracia más encantadora, el porte majestuoso y alado al mismo tiempo, el carácter atractivo y abierto, la generosidad, la elocuencia, la conversión literaria, el amor á las letras y á las artes para concordar intereses discordes, lavar manchas indelebles de sangre, trasmutar en favorable un espíritu público adverso, convertir en manantial de